

ANTONIO SORIANO, UNA APUESTA  
POR LA CULTURA Y LA DEMOCRACIA:  
LA *LIBRAIRIE ESPAGNOLE* DE PARÍS

ANA MARTÍNEZ RUS\*

EL EXILIO EDITORIAL Y LIBRERO EN AMÉRICA Y FRANCIA

**F**RENTE a la barbarie franquista que depuraba bibliotecas públicas y privadas, quemaba libros y censuraba la publicación de innumerables títulos, los exiliados emprendieron numerosas aventuras editoriales de libros y publicaciones periódicas como salvaguardia de la identidad cultural republicana y como instrumento de lucha política. En este sentido cabe señalar el doble objetivo de estas iniciativas como acción cultural y de oposición a la dictadura. Estas actividades mantuvieron vivas las culturas del exilio y se alzaron contra la propaganda oficial del régimen. La diversidad ideológica y social del éxodo español, estructurado en numerosas organizaciones a menudo antagónicas, nos obliga a hablar de culturas del exilio en lugar de una cultura plural. Precisamente las iniciativas culturales fueron el contrapeso a las diferencias políticas, actuaron como aglutinante. Las tensiones y divisiones entre los republicanos procedían de la Guerra Civil, pero se agudizaron tras el golpe de Casado, el peso de la derrota, la evacuación de los refugiados, y la dispersión del éxodo. También hay que destacar la labor cultural desarrollada por las organizaciones políticas y sindicales, así como por el gobierno republicano exiliado<sup>1</sup>.

\* Universidad Complutense, anamrus@hotmail.com

<sup>1</sup> Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, *Historia política de la Segunda República en el exilio*, Madrid: FUE, 1997; José M<sup>a</sup> del Valle, *Las instituciones de la República española en el exilio*, París: Ruedo Ibérico, 1976; y José Borrás, *Políticas de los exiliados españoles 1944-1950*, París: Ruedo Ibérico, 1976.

Sin embargo las editoriales de las fuerzas políticas fueron más efímeras y en sus publicaciones predominaba el adoctrinamiento ideológico, mientras que las empresas independientes junto a su vertiente comercial desarrollaron una importante actividad cultural y política, ya que no eran neutrales, pero eran más plurales porque no estaban al servicio de una única ideología o partido<sup>2</sup>.

El exilio es un período muy amplio y diverso, donde confluyeron los refugiados de 1939, el segundo exilio de los años 50 y 60 junto con los emigrantes económicos, y la oposición del interior de España. Resulta necesario señalar las diferencias e interrelaciones de cada grupo y su evolución en el tiempo. Asimismo conviene señalar la fragmentación geográfica y social de la diáspora republicana, ya que los intelectuales y profesionales liberales se marcharon preferentemente a América, mientras que los soldados de tropa del ejército republicano se quedaron en Francia. Aparte de los criterios de selección de los organismos de evacuación de los refugiados SERE y JARE, y de las políticas de acogida de los gobiernos americanos, también influyó de manera decisiva el estallido de la guerra mundial y la cuestión lingüística. El idioma facilitó la integración y el desarrollo de actividades académicas y creativas a profesores, periodistas, y escritores en el continente americano. La condición socioprofesional y el contexto cultural explica la división entre el exilio europeo y el transtierro americano, siguiendo el término que acuñara el filósofo José Gaos en 1949 para referirse a los expatriados de Hispanoamérica<sup>3</sup>. En este sentido el exilio francés fue más numeroso y combativo que el americano ya que muchos refugiados participaron en el conflicto bélico mundial y sufrieron los campos nazis. Además la mayoría de los republicanos asentados en Francia procedían de los sectores agrícola e industrial, y eran militantes de partidos y sindicatos de izquierdas, comprometidos con la República hasta el final<sup>4</sup>.

Por otra parte hay que distinguir entre los editores y libreros exiliados como Giménez Siles, José Venegas, o López Llausás, y aquellos republicanos

2 Geneviève Dreyfus-Armand, «Les cultures de l'exil en France, 1939-1975: de la sauvegarde de l'identité à l'ouverture» en el imprescindible volumen *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*, eds. Alicia Alted Vigil y Manuel Aznar Soler, Barcelona: AEMIC; GEXEL, 1998, pp. 37-56.

3 José Gaos, «Los transterrados españoles de la filosofía en México», *Filosofía y Letras. Revista de la Universidad de México*, 36 (1949), pp. 207-231.

4 José Angel Ascunce, «El exilio como realidad plural. Emigración, transtierro y exilio. Francia y América como ejemplos», en *Literatura y cultura...*, pp. 263-275.

que en el destierro eligieron dedicarse a la industria y al comercio del libro como Antonio Soriano, Benito Milla, o José Martínez. Los primeros se marcharon de España siendo experimentados profesionales del libro, dejando atrás negocios consolidados, y continuaron su labor en los países de acogida, mientras que los segundos iniciaron sus actividades plenamente en el exilio y sin previo conocimiento del mundo del libro. A pesar de las diferencias de partida, en ambos casos coincidió la lucha antifranquista y la difusión de las culturas exiliadas. Al mismo tiempo la tarea de divulgación realizada por estas empresas supuso un reconocimiento a la intelectualidad desterrada. El exilio de 1939 tuvo mayor vinculación generacional y cultural con el proyecto republicano derrotado. En la década de los 60 cambió la consideración y el papel del exilio debido a su aislamiento y alejamiento de la realidad española, sin olvidar las eternas disensiones. Los exiliados eran herederos de un legado ético-histórico más que un referente político por la consolidación del régimen franquista y el movimiento de oposición interior. Por este motivo a partir de esos años se aproximaron los movimientos de fuera y de dentro del país, el llamado exilio interior. En este sentido destacó la actividad desempeñada por Ruedo Ibérico como editorial exiliada con proyección en España. En sus libros recogió las voces del exilio y de la disidencia interna para combatir la producción ideológica del franquismo, y recuperar la historia de la Guerra Civil. De hecho toda la labor cultural del exilio se orientó a luchar contra el olvido y la manipulación del pasado reciente en la historia de España, recuperando la memoria y reivindicando la democracia republicana. Las distintas actividades de los emigrados políticos trataron de continuar con la experiencia educativa y cultural de la Segunda República. La letra impresa se convirtió en arma política contra el régimen militar, salido de la Guerra Civil y que había obligado a miles de españoles a salir del país.

Pensábamos que, a través de estos centros de irradiación, manteníamos nuestra militancia y podíamos seguir postulando y defendiendo formas de pensamiento, formas de cultura y de vida cuya esencia, cuyos valores, habían sido sofocado en España tras el resultado militar de la Guerra Civil, pero que sentíamos vivos y activos y destinados a florecer de nuevo —pensábamos entonces que muy pronto— en nuestra tierra. Esos valores y la voluntad inquebrantable de defenderlos configuraban, creo, la idea fundamental que movía a toda la España peregrina. Sabíamos que cada volumen editado y ofrecido al público podía ser un testimonio de esa pasión y de esa nuestra afirmación vital; una irradiación de formas de ser políticas y culturales que, si oscurecidas muchas veces en España por la rigidez de los tradicionalismos y por el pensamiento autoritario, continuaban palpitando entre nosotros, y lo que es más, eran aceptadas y compartidas en aquel

medio fraternal de la América hispana, espacio que ya considerábamos y sentíamos como propio<sup>5</sup>.

El papel del libro resultó fundamental como instrumento necesario para el mantenimiento de la identidad idiomática y cultural desde el punto de vista de la producción, difusión y lectura en un país de diferente lengua como Francia. La vida cultural del exilio español en la nación vecina ha sido muy rica y variada, lo que permite hablar de una cultura de masas, frente al éxodo americano, donde ha predominado una cultura de élites debido a la categoría intelectual y profesional de los desterrados. De hecho el prestigio y la actuación de los intelectuales exiliados en América ha eclipsado el papel de la emigración republicana en territorio francés<sup>6</sup>. Aunque tampoco conviene infravalorar la presencia en el hexágono de escritores y periodistas como Corpus Barga, Julián Gorki, José M<sup>a</sup> Quiroga Plá, Arturo Serrano Plaja, o Gabriel Pradal.

La débil implantación de editores y librerías españoles exiliados en Francia contrasta con la intensa labor desarrollada en América. Aparte de la comunidad lingüística y cultural, esta situación se explica porque la mayoría de intelectuales y escritores republicanos eligieron los países americanos como tierras de asilo, especialmente el México de Lázaro Cárdenas. Y tras ellos se fueron profesionales del libro consagrados como Rafael Giménez Siles, José Venegas, Antonio López Llausás, o bien aparecieron nuevos editores y librerías, entre las gentes del exilio, como Gonzalo Losada, Juan Grijalbo, o Benito Milla para recoger y difundir la producción bibliográfica de esos autores<sup>7</sup>. Numerosos exiliados participaron activamente en el mundo del libro como editores, directores de colecciones, autores, traductores, críticos, o bien como ilustradores, correctores, impresores, distribuidores y librerías. Sólo en México surgieron más de

5 Testimonio de Epifanio Madrid Díez, promotor de la editorial y distribuidora Bajel en Argentina, recogido en «La distribución del libro como instrumento de difusión cultural», en *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, comp. Nicolás Sánchez Albornoz, Madrid: ICI, 1991, pp. 177-178.

6 Cfr. el artículo de Pierre Milza, «Cultures de l'immigration», en *Italiens et Espagnols en France, 1938-1946*, dirs. Pierre Milza y Denis Peschanski, París: CEDEI; FNSP; CNRS, 1991, pp. 367-386. Existe traducción española, «Culturas y prácticas culturales», en *Emigración y exilio. Españoles en Francia, 1936-1946*, coords. Josefina Cuesta y Benito Bermejo, Madrid: EUEDEMA, 1996, pp. 293-314.

7 J. Amo y C. Shelby, *La obra impresa de los intelectuales españoles en América, 1936-1945*, Stanford: Stanford University Press, 1950. Asimismo destaca el libro de Fernando Piedrafita Salgado, *Bibliografía del exilio republicano español (1936-1975)*, Madrid: FUE, 2003, que recoge buena parte de la producción exiliada, aunque se olvida en la introducción de la obra señalar la labor de Antonio Soriano en París.

treinta editoriales impulsadas por españoles, destacando Editorial B. Costa-Amic, Proa, Leyenda, Séneca, EDIAPSA, Grijalbo, UTEHA, Porto, Joaquín Mortiz, Era, Ediciones Rex, Atlántida, Ediciones España, Minerva, Jurídicas Hispanoamericanas, Lex, Magister, Cima, Lemuria, Moderna, Norte, Continental, Orión, Quetzal, Nueva España, Biblioteca Catalana, Xóchtitl, Alejandro Finisterre o Esfinge. Asimismo muchos desterrados colaboraron en el Fondo de Cultura Económica como Manuel Andújar, Enrique y Joaquín Díez-Canedo, Bernardo Giner de los Ríos, Agustín Millares Carlo, José Gaos, León Felipe, Eduardo Nicol, o Wenceslao Roces. Igualmente otras tantas librerías fueron fundadas por españoles como la Librería Juárez, Cide, Librería de Santiago Ballezá, El gusano de luz, Librería Técnica, Góngora, IDEEA, Quetzal, Madero, Librería General, Librerías Cristal, UDE, México Lee<sup>8</sup>. En Argentina también fue intensa la labor de editoriales creadas por españoles como Losada, Sudamericana, Emecé, Nova, Botella al mar, Pleamar, Nuevo Romance, Poseidón, Vasca Ekin<sup>9</sup>, Ediciones Jurídicas Europa-Américo, Oberón, Periplo y Bajel, sin contar las argentinas Americalee, Atlántida, Aniceto López, Omeba, Schipire, El Ateneo, o Antonio Zamora, donde trabajaron y publicaron españoles expatriados<sup>10</sup>. Tampoco conviene olvidar la presencia española en distribuidoras como Orbe, Aril, o Bajel, que tuvieron un importante papel en la difusión del libro en el continente americano. También hay que señalar la labor de estas editoriales en la publicación de autores del interior que no podían sacar sus obras

<sup>8</sup> Vid. los trabajos de Gonzalo Santonja, *Los signos de la noche. De la guerra al exilio. Historia peregrina del libro republicano entre España y México*, Madrid: Castalia, 2003. M<sup>a</sup> Magdalena Ordoñez Alonso y Saúl Arméndariz Sánchez, «Librerías, editoriales y prensa: recuento y aportaciones de los refugiados españoles a la cultura de México», en *Actas. III Coloquio Internacional. La Literatura y la Cultura del Exilio Republicano Español de 1939*, La Habana: Unicornio, 2002, pp. 160-180. Luis Suárez, «Prensa y libros. periodistas y editores», en *El exilio español en México, 1939-1982*, México: FCE; Salvat, 1982, pp. 601-621. Teresa Ferriz Roure, *La edición catalana en México*, México: El Colegio de Jalisco, 1998. Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías en la Ciudad de México: una evocación*, México: UNAM, 1995.

<sup>9</sup> Sobre la trayectoria de esta casa, José Ramón Zabala, «Ekin: una luz en el tunel (las editoriales del exilio)», en *La cultura del exilio vasco*, eds. José Angel Ascunce y M<sup>a</sup>. L. San Miguel, San Sebastián: J. A. Ascunce, 1994, vol. 2, pp. 131-148. Y J. Chueca, «Ekin, editorial vasca en el exilio», en *Exili cultural de 1939. Seixanta anys després. Actas del I Congreso Internacional celebrado en Valencia del 1 al 4 de diciembre de 1999*, eds. M<sup>a</sup>. Fernanda Mancebo, Marc Baldó y Cecilio Alonso, Valencia: Universitat de València; Biblioteca Valenciana; Fundación Max Aub, 2002, vol. 1, pp. 161-168.

<sup>10</sup> M<sup>a</sup> Teresa Pochat, «Editores y editoriales», en *El destierro español...*, pp. 163-176. Y Leandro de Sagastizabal, «Editores españoles en el Río de la Plata», en *Inmigración española en la Argentina*, coord. Hebe Clementi, Buenos Aires: Oficina Cultural de la Embajada Española, 1991, pp. 259-272.

por problemas con la censura. Este es el caso de *La Colmena* de Cela que apareció en Emecé en 1951 y de *Señas de identidad* de Juan Goytisolo que salió en Joaquín Mortiz en 1967.

Sin embargo en Francia los obstáculos para publicar en castellano fueron mayores por la barrera idiomática y los problemas financieros de los exiliados, además el estallido de la II Guerra Mundial imposibilitó el desarrollo normal de la industria y del comercio del libro<sup>11</sup>. De hecho las relaciones entre los editores de París y los librerías de México y Buenos Aires se interrumpieron durante el conflicto bélico. Asimismo los avatares que sufrieron los españoles desde el paso de la frontera en 1939 con la reclusión en campos de concentración, la ocupación nazi y la participación en la Resistencia francesa impidieron la aparición de este tipo de iniciativas. Aunque no debemos olvidar las actividades culturales y educativas realizadas en los campos. Las hojas volanderas, los periódicos murales, y los boletines hechos a mano y mecanografiados permitieron soportar la derrota y el desarraigo a los republicanos confinados entre alambradas. Su elaboración y difusión se convirtieron en una forma de resistencia y de defensa de la identidad cultural perdida, además de un medio para combatir la inactividad, el frío y el hambre<sup>12</sup>.

Las dificultades de edición en la capital francesa obligaron a muchos originales a cruzar el Atlántico para convertirse en libros. Así la producción desarrollada por el poeta Quiroga Plá en su destierro parisino, *La realidad reflejada*, fue publicada en 1955 en la colección Tezontle, vinculada a Fondo de Cultura Económica, gracias a la iniciativa de Max Aub y Joaquín Díez Canedo. Su anterior obra, *Morir al día*, vio la luz en París por iniciativa del catalán Eduardo Raguasol en 1946 en la colección Cervantes pero, tuvo una escasa difusión. En palabras del propio poeta su publicación fue algo trágico: «Fuera de Cassou y de algún otro hispanista, hablaron de él Corpus Barga —en el *Boletín de la Unión de Intelectuales*; conversación de mesa de tresillo, vale decir— y cuatro analfabetos. El libro —una edición de 2.000 ejemplares, y 500 de lujo— impreso como un mazacote, nada anunciado y sacado al comercio casi clandestinamente, se vendió menos aún de lo poquisímo que yo temía»<sup>13</sup>.

11 P. Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation 1940-1944*, París: Cercle de la Librairie, 1987, 2 vols.

12 Vid. *Plages d'exil. Les camps de réfugiés espagnols en France*, ed. Jean-Claude Villegas, Nanterre: BDIC; Dijon: Hispanistica XX, 1989. Destaca especialmente la reproducción facsímil de las publicaciones, pp. 19-90.

13 Carta de Quiroga Plá de 16 de enero de 1953 dirigida a Max Aub, recogida en Pascual Gálvez Ramírez, «Los lazos en la diáspora republicana del exilio de 1939: la amistad entre Max Aub y José M<sup>a</sup> Quiroga», en *Exili cultural de 1939. Seixanta anys després...*, pp. 238-239. Vid. del mismo autor, «Poesía en el destierro de José M<sup>a</sup> Quiroga Plá: los matices amargos de la esperanza», en *Literatura y cultura...*, pp. 95-117.

En este mismo sentido destaca el intento fracasado del también poeta Efrén Hermida Revilla por crear una editorial en su casa parisina para dar salida a las creaciones literarias que estaban sin publicar. Igualmente Rafael Alberti publicó en 1941 los poemas escritos durante su exilio francés en Buenos Aires en Losada bajo el título de *Entre el clavel y la espada*, y al año siguiente apareció *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia (1939-1940)*, obra escrita antes de embarcar en la tercera clase del Mendoza, rumbo a Argentina<sup>14</sup>. Resulta muy significativo al respecto el testimonio del poeta Jacinto Luis Guereña:

La edición, en Francia, supuso una tarea más que difícil, viéndose un horizonte más claro tras la segunda guerra mundial, pese a que todo era fruto de la obstinación individual y con ayuda del ahorro personalizado, en ediciones por cuenta del autor. El silencio, por no dominar el idioma galo, y el coste editorial, se añadían a las lógicas dificultades de aquel entonces en Francia<sup>15</sup>.

Esta situación obligaba a los escritores a integrarse en el panorama cultural galo como el propio Guereña o Jorge Semprún con la necesaria condición de escribir en francés. De hecho «quienes no lo hicieron, al no editarse ya revistas y tampoco publicaciones en lengua castellana, quedaron muy por fuera del ámbito editorial», y además condenó «a la posible creación de la emigración republicana en Francia al quedarse, prácticamente, sin espacio donde publicar y sin lectores que los leyesen»<sup>16</sup>. A pesar de ello conviene señalar la labor de difusión literaria desarrollada por las múltiples publicaciones periódicas españolas, que surgieron en el país galo a partir del verano de 1944, sobre todo en el terreno de la poesía.

<sup>14</sup> Vid. los artículos de Serge Salaün, «Les voix de l'exil. La poésie espagnole en France: 1938-1946», en *Italiens et Espagnols...*, pp. 421-429. P. Gálvez Ramírez, «La poesía producida por los exiliados en Francia: Rafael Alberti, José María Quiroga Plá y Jacinto Luis Guereña», en *Las literaturas del exilio republicano de 1939. Actas del II Congreso Internacional* (Bellaterra 1999), ed. Manuel Aznar Soler, Barcelona: GEXEL, 2000, vol. I, pp. 491-509.

<sup>15</sup> Vid. el testimonio de Jean-Louis Guereña, «Publicaciones y poesía (notas del exilio republicano en Francia)», en *La oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de la investigación*, coords. Javier Tusell, Alicia Altet y Abdón Mateos, Madrid: UNED, 1990, vol. II, t. II, p. 525. Del mismo autor también destacan «Contribución a una escenografía del exilio republicano en Francia. (Situaciones vividas y culturales, 1939-1946)», en *Españoles en Francia. Coloquio Internacional: Salamanca, 2, 3 y 4 de mayo de 1991*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1991, pp. 297-316. Y «Exilio y andadura», en *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional*, ed. Manuel Aznar Soler, Sant Cugat de Vallès: GEXEL, 1998, vol. II, pp. 6.

<sup>16</sup> Jean-Louis Guereña, «Publicaciones y poesía...», p. 529.

Aunque muchas tuvieron una vida breve, recogieron en sus páginas los poemas de los clásicos, de la generación anterior a la guerra civil y de las voces del exilio, debido a la facilidad de insertar una composición lírica por su brevedad frente a otra creación literaria.

En cualquier caso no pueden compararse las dimensiones del vasto continente de habla hispana frente al hexágono francés donde la lengua y los temas españoles eran minoritarios, sólo interesaban a un grupo reducido de hispanistas y universitarios, aparte de la colonia de emigrantes. Existía un mercado potencial pero con limitaciones, ya que muchos estaban asentados con anterioridad a la Guerra Civil, entre los exiliados predominaban los trabajadores manuales, aunque muy concienciados, y los emigrantes económicos de los años 60 contaban con escasa formación y pocos recursos. Las únicas posibilidades para una empresa que publicara en castellano en Francia eran la introducción clandestina en el mercado español y la exportación a América Latina. Pero, incluso en el continente americano, pasados los primeros años, los temas de los exiliados y sobre la Guerra Civil resultaban muy específicos y tenían poca salida entre el público hispanamericano, ya que la comunidad idiomática no implicaba las mismas inquietudes, intereses o preferencias de los lectores. De hecho las tres primeras novelas del *Laberinto Mágico* de Max Aub aparecieron en Tezontle pero, él mismo sufragó los gastos de edición, el Fondo de Cultura sólo las distribuía y en 1955 dejó de hacerlo porque no se vendían. Igualmente M<sup>a</sup> Teresa León en 1954 se quejaba en una carta al propio Aub de que el original de su obra *Juego limpio* era rechazada sistemáticamente en las editoriales bonaerenses porque argumentaban que las cuestiones de España no interesaban. Estos problemas llevaron a Max Aub en México a proyectar la editorial El Pensamiento Perdido, donde pretendía dar salida a la obra de los escritores contemporáneos que sufrían el exilio y el silencio, pero la falta de financiación frustró la empresa<sup>17</sup>. De todas maneras la importante presencia de españoles en las editoriales americanas impulsó la publicación de buena parte de la producción del exilio, pero para adaptarse a las condiciones de la demanda estas casas recogieron en sus catálogos títulos plenamente americanos. Así la editorial Alfa de

17 Vid. el artículo de M<sup>a</sup> Paz Sanz Álvarez, «El Pensamiento Perdido: una empresa editorial de Max Aub», en *El exilio literario de 1939*, eds. M<sup>a</sup> Teresa González de Garay y Fernández y Juan Aguilera Sastre, Logroño: Universidad de La Rioja, 2002, pp. 93-109. Max Aub se lamentaba de que «mis libros no se venden. No tengo editor —y Dios sabe si lo procuro— como no sea para mis libros de crítica (que no lo son, sino charlas de café). Viste mucho eso del Fondo de Cultura, lo que no sabe la gente es que les pago ya que el Fondo de Cultura únicamente los distribuye. Y eso gracias a mi amistad con todos los de la casa», en *Diarios (1939-1972)*, ed. Manuel Aznar Soler, Barcelona: Alba, 1998, p. 252.



Uruguay, fundada por el anarquista exiliado Benito Milla, publicó en las colecciones Libros Populares y Letras de Hoy a Mario Benedetti y Eduardo Galeano<sup>18</sup>. La chilena Cruz del Sur, impulsada por el madrileño Arturo Soria editó obras de Vicente Huidobro, Mariano Latorre y Manuel Rojas. Y la argentina Losada recogió títulos de César Vallejo, Miguel Angel Asturias y Augusto Roa Bastos. La labor de difusión cultural de las editoriales en América perseguía mantener los vínculos con los recién llegados y establecerlos con los que les acogían por la comunión del lenguaje, mientras que en Francia las publicaciones españolas sólo contribuían a reforzar la identidad entre los exiliados.

A pesar de que París era la capital del gobierno de la República en el exilio desde febrero de 1946, sólo destacaron la librería de Éditions Hispano-américaines de Juan Andrade y Amadeo Robles Beltrán, la *Librairie Espagnole* de Antonio Soriano, la empresa de José Martínez, Ruedo Ibérico, la Colección Ebro, vinculada al Partido Comunista, y Ediciones Catalanas<sup>19</sup>. Esta circunstancia sorprende debido a la notable presencia de la colonia española y al carácter combativo de los refugiados pero, revela la importancia que tuvieron en la demanda y el consumo de productos culturales las numerosas publicaciones periódicas y la labor editorial de las organizaciones políticas y sindicales<sup>20</sup>. De hecho entre 1944 y 1960 aparecieron sólo en la capital francesa las siguientes revistas: *Arte y cultura* (1952-1955), *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (1944-1948), *Boletín de los estudiantes españoles* (1945), *Boletín de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos* (1945), *Bulletin d'information des Comités France-Espagne* (1947-1948), *Cenit* (1951-1992), *Cultura y Democracia* (1955-1956), *Democracia* (1955-1956), *L'Espagne* (1948-1949), *France-Espagne* (1946-1951), *Frente Universitario* (1946-1947), *Galería* (1945), *Heraldo de Aragón* (1946-1947), *Iberia* (1945), *Independencia* (1946-1947), *Juventud* (1946-1950), *Libertad* (1947-1949), *Nueva República* (1955-1958), *Libertad* (1947-1949), *Nueva República* (1955-1958), *Península* (1949-1950), *Reconquista de España* (1944-1945), *Solidaridad Obrera* (1954-1961),

<sup>18</sup> Rosa M<sup>a</sup> Grillo, «Deslinde y Temas: Benito Milla, del exilio a la integración», en *Las literaturas del exilio...*, pp. 219-229. J. Escalona Ruiz, «Una aproximación al exilio chileno: la Editorial Cruz del Sur», en *El exilio literario...*, pp. 367-378.

<sup>19</sup> Sobre el papel de París en el mundo editorial y la recepción de las literaturas extranjeras vid. el interesante artículo de Jean Yves Mollier, «Paris capitale éditoriales de mondes étrangers», en *Le Paris des étrangers depuis 1945*, dirs. Antoine Mares y Pierre Milza, París: Publications de la Sorbonne, 1994, pp. 55-76.

<sup>20</sup> Vid. el imprescindible trabajo de Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, Barcelona: Crítica, 2000. Sobre las distintas publicaciones anarquistas destaca el trabajo de M. Campubrí y J. Cobos, *30 années d'édition. Catalogue des livres, brochures, périodiques édités par les organisations libertaires espagnoles reconstituées en France (1945-1975)*, Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail, 1978.

*Trabajadores de la Enseñanza* (1945-1949), *Unidad de lucha* (1945-1946), sin olvidar los órganos de expresión de las organizaciones políticas<sup>21</sup>. Por otra parte una serie de obstáculos relacionados con la dinámica del exilio y las características del mercado del libro francés imposibilitaron la proliferación y consolidación de más editoriales y librerías españolas. El primer intento de publicar obras en español en París respondió a un proyecto del agregado cultural de la Embajada española, Max Aub, y del presidente del Gobierno de la República, Juan Negrín, para fundar en 1939 una colección literaria de clásicos españoles con la editorial francesa Gallimard, así como otra de obras sobre la Guerra Civil con el editor León Pierre Quint. Precisamente una carta del doctor Negrín sobre estas cuestiones editoriales le costó a Max Aub la acusación de comunista que le llevó a varios campos de concentración y prisiones durante dos largos años. La idea de publicar obras y autores españoles fue retomada en México por la editorial Séneca, vinculada a la Junta de Cultura Española y dirigida por José Bergamín con fondos del Servicio de Evacuación para los Refugiados Españoles. El objetivo era mantener viva la cultura española entre la diáspora y reivindicar la causa republicana<sup>22</sup>. Otra editorial impulsada con los fondos del SERE fue Atlante, constituida en la Embajada parisina de México en julio de 1938 con un grupo de refugiados entre los que se encontraba Manuel Sánchez Sarto, exdirector gerente de la casa Labor, Estanislao Ruiz Poseti, vinculado a la editorial Gustavo Gili, y Juan Grijalbo, que acabó liquidando la empresa en 1949 para fundar la suya propia. También Alejandro Finisterre fundó la editorial que lleva su nombre en París en 1948 pero, tras hacer escalas en Quito y Guatemala se instaló definitivamente en la capital azteca en 1965.

En Toulouse a partir de 1947 destacó la colección «La Novela Española» publicada por la editorial Mare Nostrum, donde aparecieron obras de clásicos hispanos y escritores exiliados como *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, *Rinconete*

21 Sobre las publicaciones periódicas vid. la Tesis Doctoral de Geneviève Dreyfus-Armand, *L'émigration politique espagnole en France au travers de sa presse, 1939-1975*, IEP de París, 1994, 2 vols.; Antonio Risco, «Las revistas culturales y literarias de los exiliados españoles en Francia», en *El exilio español...*, vol. 3: *Revistas, pensamiento, educación*, pp. 93-150. Cfr. Francisco Caudet, *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)*, Madrid: Fundación Banco Exterior, 1992. Manuel Andújar, «Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica», en *El exilio español...*, vol. 3: *Revistas...*, pp. 21-92. Y vid. el apartado V: «Revistas y editoriales» del capítulo de Rosa M<sup>a</sup> Grillo, «La literatura del exilio», en *El último exilio español en América*, coord. L. d. Llera Estebán, Madrid: Mapfre, 1996, pp. 317-515.

22 Vid. el trabajo de Gonzalo Santonja, *Al otro lado del mar. Bergamín y la editorial Séneca (México, 1939-1949)*, Barcelona, 1997. Y el artículo de Teresa Ferriz Foure, «Continuidad y subsistencia cultural de dos editoriales del destierro republicano en México: Séneca y Biblioteca Catalana», en *El exilio literario...*, vol. 1, pp. 379-394.

y *Cortadillo* de Cervantes, *Antología popular* de García Lorca, *Selección poética* de Antonio Machado, *Flor de Leyenda* de Alejandro Casona, o *El rodar de las almas* de José M<sup>a</sup> Puyol. En 1946 apareció en el BARRIO LATINO de París la librería de Éditions Hispano-américaines regentada por los agentes literarios vinculados al POUM, Juan Andrade y Amadeo Robles, y que se dedicaban a la importación de obras españolas editadas en América por Losada o Fondo de Cultura Económica. Junto a ella las empresas de Antonio Soriano y José Martínez representaron proyectos culturales de izquierda antifranquista, propios de la conciencia intelectual de los exiliados<sup>23</sup>.

El objetivo último de estas iniciativas era introducir sus publicaciones en España, que el público español conociese y leyese sus obras. A pesar de las dificultades de la censura y de los problemas con la Policía, las obras llegaron al país aunque la distribución siempre fue deficitaria. Se emplearon numerosas argucias para burlar los controles aduaneros. Incluso se utilizó la valija diplomática o el buque-escuela Juan Sebastián Elcano para introducir libros prohibidos desde los años 40 como demuestran las relaciones y los intercambios bibliográficos establecidos entre Juan Guerrero Ruiz de la editorial Hispánica con Guillermo de la Torre, director literario de Losada, y Julián Calvo, vinculado a Fondo de Cultura Económica, y éste último con Enrique Canito, propietario de la librería Ínsula de Madrid, según ha puesto de manifiesto Naharro Calderón con las numerosas cartas publicadas al respecto. De hecho Guerrero consiguió en 1945 la exclusiva de Losada para la introducción de sus libros en España, aunque siempre en círculos muy reducidos, y el proyecto de establecer un gran centro distribuidor en México de libros españoles a cambio de la exportación de libros editados en América a través de Hispánica e Ínsula se frustró<sup>24</sup>.

#### LA LIBRAIRIE ESPAGNOLE DE ANTONIO SORIANO

La *Librairie Espagnole*, situada en el número 72 de la rue Seine, es un lugar de memoria del exilio republicano en el corazón de la capital parisina<sup>25</sup>. En su interior parecen vivos los recuerdos y las voces de los exiliados. Fue inaugurada en este mismo emplazamiento en 1950 por Antonio Soriano Mor, aunque había iniciado su actividad dos años antes en la vecina rue Mazarine. No obstante hay que buscar sus orígenes en Toulouse, donde en 1946 abrió sus puertas la Librería

23 Vid. José Luis Abellán, «La «conciencia intelectual» de oposición en el exilio»; Antonio Risco, «El exilio en Francia. conciencia intelectual de oposición y proyecto cultural», en *La oposición al régimen...*, pp. 17- 22 y 85-95.

24 José M<sup>a</sup> Naharro Calderón, *Entre el exilio y el interior: el «entresiglo» y J. R. Jiménez*, Barcelona: Anthropos, 1994, pp. 382-403.

25 *Les lieux de memoire*, dir. Pierre Nora, París: Gallimard, 1993, 3 vols.

de Ediciones Españolas en el número 1 de la rue D'Arcole. Regentada por el ciudadano francés de origen español, Luis Sureres, fue impulsada por el mismo Antonio Soriano y su amigo José Salvador, antiguo profesor del Ateneo Enciclopédico de Barcelona, donde Soriano había desempeñado las tareas de secretario y bibliotecario en los años de la República.

El miliciano Soriano, nacido en Segorbe (Castellón) en 1913, cruzó la frontera el 13 de febrero de 1939 con sus compañeros de las Juventudes Socialistas Unificadas por Puigcerdá. Pasaron a Bourg-Madame, en donde se unieron a los miles de españoles que huían de las tropas franquistas, y fueron acampados durante tres semanas en unos prados, junto al ganado. Después de haber luchado en primera línea de todos los frentes desde Belchite a la Batalla del Ebro, Soriano fue trasladado en marzo junto a sus camaradas al campo de concentración de Bram, cercano a Carcasone. Alojado en el sector B, barraca 32, fue uno de los encargados de transportar los excrementos de los refugiados al Canal du Midi, a dos kilómetros de distancia. El resto del tiempo concentró sus esfuerzos en actividades educativas y culturales como clases de alfabetización, cursos de francés, lectura colectiva de periódicos, y elaboración de guiones para las emisiones de Radio Barraca<sup>26</sup>. En noviembre pudo abandonar el campo al ser contratado para realizar trabajos agrícolas en Genouilly, en la región de Bourges. Tras el armisticio de Francia en junio de 1940 marchó al sur en bicicleta, huyendo de los nazis, y se instaló en Toulouse. En esta ciudad trabajó en la carga y descarga de hortalizas, y como trabajador de reparaciones en un hotel. En abril de 1941 colaboró en la creación de la revista clandestina Alianza, de tirada semanal, donde se atacaba cualquier colaboración directa o indirecta con los alemanes. Junto a Jaime Nieto, único miembro del Comité Central del Partido Comunista que permaneció en Francia, fundó el 7 de noviembre de 1942 la Unión Nacional Española (UNE), aunque no participó en los sucesos del Valle de Arán en octubre de 1944. Después de la Liberación realizó crónicas radiofónicas para Cataluña desde Radio Toulouse, y creó el Centro de Estudios Económicos Toulouse-Barcelona para impartir conferencias, que acabó convirtiéndose en librería ante las presiones de los distintos partidos políticos por hacerse con el control del mismo<sup>27</sup>.

26 Sobre la situación en el campo de Bram, destaca el testimonio de su amigo Enric Yuglá, con quien compartió barraca, y fue recogido por Antonio Soriano en su libro, *Éxodos. Historia oral del exilio republicano en Francia 1939-1945*, Barcelona: Crítica, 1989, pp. 136-142, así como la descripción que hace el mismo Soriano en la introducción previa, pp. 23-26.

27 Vid. la Tesina de Frédérique Lebon, *Les Mémoires de l'exil espagnol, 1939-1945. Itinéraire d'Antonio Soriano*, Toulouse: Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1992; y José Luis Morro Casas, «Antonio Soriano, su vida», en *Literatura y cultura del exilio...*, pp. 391-404.

La librería de Toulouse comenzó con títulos franceses en sus estanterías, pero la demanda de libros en español obligó a Soriano a viajar a Andorra, donde aún quedaban existencias de publicaciones españolas anteriores a la Guerra Civil. Llegó con una maleta llena de obras francesas y logró cambiarlas por libros de Civilización Española publicados por el Instituto Gallach de Barcelona. A continuación amplió sus ventas con la importación de obras publicadas al otro lado del Atlántico. Empezó contactos con las principales editoriales americanas, destacando especialmente su relación con el editor Juan Grijalbo, afincado en México. Aparte de la colonia de refugiados, los colegios, liceos y universidades franceses también demandaban títulos españoles. Para difundir las novedades bibliográficas que llegaban a sus escaparates en marzo de 1947 promovió la revista *Lee*. En ella aparecían noticias y críticas literarias, así como resúmenes de catálogos temáticos de clásicos castellanos, literatura española contemporánea, arte, o historia.

En el verano de 1947 recibió una carta de la cuñada de Luis Buñuel, Georgette Rucar, donde le animaba a hacerse cargo de una vieja librería de París, especializada en publicaciones españolas y cerrada a comienzos del conflicto mundial. Soriano aceptó el reto al comprobar que muchos hispanistas e intelectuales se trasladaban a la capital al comienzo del nuevo curso. Dejó al frente de la librería de Toulouse a su amigo José Salvador, y se presentó en casa de madame Ricarde con una maleta repleta de libros y un carnet de estudiante. La cuñada del cineasta era la propietaria de la antigua Librería Española de León Sánchez Cuesta<sup>28</sup>,

<sup>28</sup> León Sánchez Cuesta (Oviedo, 1892-Madrid, 1978), considerado el librero de la Generación del 27, comenzó trabajando en París para la casa Hachette. De hecho en 1922 viajó a México como representante de la empresa distribuidora de la editorial francesa, la Agence Générale de Librairie et de Publications, y de su filial en España, la Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones (SGEL). En 1923 entró en la editorial La Lectura como director gerente de la sección de librería, y como socio de la empresa abrió su primer establecimiento en el nº 25 del Paseo de Recoletos, con el nombre de Librería de Arte y Extranjera de «La Lectura». Al año siguiente se independizó e inauguró la Librería León Sánchez Cuesta en la calle Mayor, donde permaneció hasta 1936. Adquirió gran experiencia en libros de importación y se especializó en el suministro de obras españolas a universidades y librerías extranjeras. Asimismo se convirtió en distribuidor de muchas editoriales y de parte de las obras de escritores amigos. En junio de 1927 estableció una sucursal en la rue Gay y Lussac de París, próxima a la Sorbona, bajo la dirección de Juan Vicens de la Llave y con la ayuda de Gabriel Escribano, Georgette Rucar y Jeanne, la novia de Buñuel. Visita obligada para todos los españoles de paso y lugar de encuentro de los españoles residentes en la capital francesa, era frecuentada por Dalí, Louis Aragon y Paul Eulard. Tras la guerra civil y el exilio en Alemania y Argelia, volvió a Madrid a principios de 1947, y puso en marcha un despacho de librería para atender a la clientela americana en un quinto piso de la calle Desengaño. En 1950 se quedó con la Librería Revista de Occidente, en la calle Serrano, que habían fundado el hijo de Ortega y Jiménez Landi tres años antes, y allí continuó hasta la fecha de su muerte en 1978. Vid. A. Valverde, «Archivo y Biblioteca de León Sánchez Cuesta», *Residencia*, 5 (1998), pp. 10-13.

situada en la calle Gay y Lussac nº 10, que abastecía la Sorbona de publicaciones hispanas. Antonio Soriano inició su actividad en una pequeña habitación, situada en el segundo piso del número 48 de la rue Mazarine. Como resultaba difícil encontrar la librería repartió unas pequeñas hojas de propaganda en el barrio para captar clientes. Al poco tiempo se trasladó al local de una vieja librería en la misma calle con las cajas del viejo fondo de la librería Gay y Lussac y las nuevas adquisiciones. Tras la guerra mundial el idioma español pasó a ocupar el segundo lugar en la enseñanza francesa en detrimento del alemán. Asimismo el interés por la cultura y la lengua española se vio impulsada por la política gaullista de acercamiento a América Latina. En este contexto el negocio prosperó con la importación de la producción bibliográfica de autores exiliados publicada por casas mexicanas y argentinas, y se inició como editor con la publicación de textos hispanos para la universidad gala. A principios de 1950 se instaló por su cuenta en el definitivo establecimiento de la rue de Seine, donde hasta entonces las monjas de la orden de San Sulpicio habían vendido artículos religiosos. Compró a la Universidad de la Sorbona los derechos exclusivos de las publicaciones en castellano, y así en 1955 apareció una edición ilustrada de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Cervantes con selección y notas de Denis Rieu, además de un estudio de Pierre Darmangeat acerca de *Pedro Salinas et La voz a ti debida*. En 1956 publicó otro estudio del profesor Darmangeat sobre el poeta Machado, *L'homme et le réel dans Antonio Machado*<sup>29</sup>.

Se vio implicado en un proceso judicial al aparecer su nombre en una lista de la policía como dirigente de una organización internacional antifranquista, camuflada bajo la librería. El error le ocasionó numerosos problemas pero, salió airoso tras la concesión de un certificado de honorabilidad. Organizó el primer homenaje a Antonio Machado en Colliure el 22 de febrero, en el aniversario de su muerte. Alrededor de la tumba del poeta se encontraron intelectuales del exilio y del interior, como Tuñón de Lara, Luis Buñuel, los hermanos Goytisolo, Gil de Biedma, Muñoz Suay, y Carlos Barral entre otros<sup>30</sup>.

El sello de la editorial *Librairie Espagnole* era la cabeza de un toro diseñado por el mismo Soriano. En 1958 publicó otro Quijote y la novela *La resaca* de Juan Goytisolo, que tuvo una segunda edición en bolsillo en 1961. Este escritor trabajaba en la sección de español de la potente editorial francesa Gallimard. En 1960 apareció la *Historia de España* de Pierre Vilar, traducida por Tuñón de

29 Vid. distintas entrevistas realizadas a Antonio Soriano en *El Correo Catalán*, del 17 de abril de 1977, pp. 2-3, en la revista y en *Lletres Valencianes*, Tardor, 2001, pp. 2-7.

30 Sobre la celebración y los asistentes a este acto destacan los recuerdos del editor y poeta Carlos Barral, *Memorias*, Barcelona: Península, 2001, pp. 425-426.

Lara, de la que realizó seis ediciones. El mismo año apareció una edición ilustrada por Baltasar Lobo de la obra de Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, que contaba con un prólogo original del autor, siendo reeditada veinte veces. Siguiéron otros libros como *La otra cara* de José Corrales Egea, y *La chanca* de Juan Goytisolo, ambas en 1962. *La España del siglo XIX* del historiador Manuel Tuñón de Lara salió en 1961 con una tirada de 2.000 ejemplares. Se imprimió en la Tipografía Moderna de Vicente Soler Gimeno en Valencia pero, se encuadernó en París. Al año siguiente Soriano publicó otra obra de Tuñón, *Panorama actual de la economía española*. En 1966 vio la luz *La España del siglo XX* con una tirada inicial de 3.000 volúmenes. Este libro y la segunda edición de *La España del XIX*, que apareció en 1968, fueron impresas en los talleres de la editorial barcelonesa Ariel. La casa catalana se quedó con 500 ejemplares de cada libro para distribuirlos en España. Conviene destacar que debido a problemas de financiación este texto apareció primero en una edición italiana con el título de *Storia della Repubblica e della guerra civile in Spagna*, en 1966 en la casa Riuniti. Para poder introducir el manuscrito en España, la esposa y compañera de trabajo de Soriano, Dulcinea Domenech, utilizó una argucia con la arbitraria policía franquista. Al pasar la frontera aseguró a los aduaneros que ella era la correctora de pruebas de ese libro, editado en Argentina en la casa de José Torres. Los guardias observaron detenidamente el libro al ver que contenía fotos de la Guerra Civil, pero finalmente autorizaron su entrada afirmando que un autor llamado Tuñón de Lara, sería un noble que no podía escribir nada contra Franco. Con anterioridad, en 1968, la misma editorial Ariel había intentado publicar clandestinamente el libro de Pierre Vilar, *Historia de España*, debido a las relaciones profesionales y de amistad que Alexandre Argullós había establecido con Antonio Soriano, pero la edición fue requisada por la policía antes de ser encuadernada en el taller de un viejo vidriero, amigo del político Joan Reventós<sup>31</sup>. En 1968 apareció *Guerra y vicisitudes de los españoles* de Julián Zugazagoitia. Esta obra vio por primera vez la luz en Buenos Aires en 1940 en el sello editorial La Vanguardia y bajo el título de *Historia de la guerra de España*. Precisamente cuando Zugazagoitia se encontraba en París para publicar otra edición en Francia, el original y su autor fueron secuestrados por la Gestapo, y entregados al gobierno de Franco. El líder socialista fue fusilado y su obra tardó veintiocho años en volver

<sup>31</sup> Sobre esta cuestión vid. las declaraciones de Gonzalo Pontón, vinculado entonces a Ariel, en Xavier Moret, *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*, Barcelona: Destino, 2002, pp. 268-269; y en Sergio Vila Sanjuán, *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, Barcelona: Destino, 2003, pp. 566-567. En esta últimas páginas el editor Pontón se lamenta de que no se haya hecho justicia con Antonio Soriano, mítico propietario de la Librería Española, y tan importante o más que Pepe Martínez para el mundo cultural del exilio.

a ser publicada. Otros títulos fueron *Pueblo en marcha* de Goytisolo en 1963, *Poesía Española. Siglo XX* de Corrales Egea y P. Darmangeat en 1966, que recogía la obra de poetas contemporáneos como Gabriel Celaya, José Hierro, Blas de Otero y Gil de Biedma entre otros, *Antonio Galván. Lejos del mar* de Antonio Galván en 1967, *Doña Barbara* de Rómulo Gallegos en 1968, o *Cuba. Socialismo y democracia* de Sergio Vilar en 1973. Casi todos estos títulos aparecieron en la colección Biblioteca Club de Bolsillo.

En 1973 y 1974 aparecieron respectivamente las dos obras sobre la historia de España de Tuñón de Lara en edición de bolsillo en la firma Laia de Barcelona, creada en 1978 por Benito Milla a su regreso del exilio en Uruguay, donde había impulsado la Librería-Editorial Alfa en Montevideo en 1956, y la editorial Alfa Argentina en 1965. Hasta entonces ambos libros habían circulado clandestinamente por España, ya que, aunque el libro del siglo XIX fue autorizado, no podía exponerse en los escaparates de las librerías. Especialmente polémica fue la edición revisada y corregida de *La España del siglo XX* respecto a la edición original porque se suprimieron partes sobre la represión franquista para lograr la autorización de la censura española, en concreto de Ricardo de la Cierva, Director General de Cultura Popular. El librero parisino demandó a Tuñón de Lara y a la firma Laia por la propiedad de los derechos de autor, pero detrás de este pleito editorial existía una vieja polémica ideológica entre las gentes del exilio por el modo de luchar contra el franquismo. Las diferencias eran evidentes entre quienes quisieron enfrentarse al régimen desde dentro y con planteamientos culturales e intelectuales, y aquellos que se oponían a cualquier colaboración con la dictadura por una cuestión de dignidad colectiva. De hecho en la demanda se indicaba que:

es inadmisibles que editores pocos escrupulosos, cubriéndose con pretendidos móviles ideológicos, se aprovechen, con fines puramente mercantiles, de la liberación llevada a cabo en España en lo referente a la expresión para despojar sin vergüenza el fondo cultural preservado por sus compatriotas que han adoptado el camino de vivir un largo y difícil exilio durante el período de represión franquista<sup>32</sup>.

32 Recogido en la p. 5 de la demanda presentada por la Sociedad *Librairie Espagnole* contra la Sociedad Editorial Laia y el Señor Manuel Tuñón de Lara ante el Tribunal de Gran Instancia de Pau el 26 de abril de 1977. Todo el proceso judicial se encuentra en el Archivo Privado de Antonio Soriano (AAS) en París, donde lo he podido consultar gracias a la amabilidad de su hija, Sonia Soriano Domenech, que en la actualidad regenta la mítica librería, y a una Beca Postdoctoral del Ministerio de Educación, Ciencia y Deporte, bajo la dirección del profesor Roger Chartier.



Por su parte el historiador Tuñón de Lara en su artículo «Historia de una “Historia” (*La España del siglo XX*)», publicado en *Sistema* en 1976, y donde reconocía abiertamente haber realizado unas supresiones de carácter «imperativo» sobre el texto original, señalaba:

Las primeras modificaciones me planteaban el dilema de si debía aceptarlas o frustrar aquella posibilidad de difusión popular del libro. En el fondo era una opción política y se planteaba una clásica opción política que la Historia ha mostrado innumerables veces. Por un lado están los partidarios del «todo o nada», los que en nombre de una pretendida pureza frustran cualquier progreso [...]. Mi punto de vista fue que si los recortes impuestos desnaturalizaban científicamente el libro, si le impedían ejercer cualquier aspecto de la triple función para la que había sido escrito, su sentido crítico, las líneas de la conflictividad histórica durante un cuarto de siglo [...], en ese caso no valía la pena publicarlo. Pero si no era así, si la retirada o el cambio de ciento y pico de líneas no lo desnaturalizaba en ninguno de los aspectos citados, ¿en nombre de qué extraña pureza íbamos a impedir que un libro reservado hasta entonces a los iniciados se pusiera al alcance de todos los españoles? ¿Qué conducta correspondía a un autor que cree escribir en un sentido responsable de progreso? La opción no era dudosa<sup>33</sup>.

Además en este mismo artículo el autor argumentaba que la edición de Laia no era una mera edición mutilada, sino revisada y ampliada en cuanto a texto, notas y bibliografía, y por otra parte eliminaba numerosas notas de un «curioso colaborador anónimo», el corrector de pruebas, viejo militante obrero que añadió anotaciones propias. También se lamentaba de la última edición de París, realizada en octubre de 1974, sin su consentimiento, ya que no fue informado y por tanto ni fue revisada ni corregida por él<sup>34</sup>. Soriano se lamentó siempre de la edición de Barcelona ya que estas obras de historia contemporánea de España fueron su mayor orgullo de editor, de las que llegó a vender 7.000 y 8.000 ejemplares respectivamente. El conflicto editorial y el juicio fueron muy seguidos por la prensa nacional, de hecho la polémica de la supresión de páginas a causa de la censura se destapó en las páginas de la revista *Historia Internacional*, después de haber aparecido en diversas revistas francesas

33 Manuel Tuñón de Lara, «Historia de una “Historia” (*La España del siglo XX*)», *Sistema*, 12 (enero de 1976), pp. 11 y 12.

34 Asimismo vid. *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia, su vida y su obra*, eds. José Luis de la Granja y Alberto Reig, Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1993, pp. 78-84; y *Manuel Tuñón de Lara. Maestro de historiadores*, coord. José Luis de la Granja, Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco; Madrid: Casa de Velázquez, 1994, pp. 71-72.

especializadas, en relación con la operación de recuperación de figuras del exilio emprendida por Ricardo de la Cierva, siempre que fueran de reconocido prestigio y estuviesen dispuestas a aceptar pequeños cortes sugeridos por la censura<sup>35</sup>. Alfonso Comín y Josep Verdura, responsables de la editorial Laia, siempre declararon que la cifra, reclamada en la demanda interpuesta por Soriano por usurpación de derechos editoriales, de 206.000 francos, más de 3.000.000 de pesetas, era la misma cantidad que habían propuesto pagar a la *Librairie Espagnole*, pero no hubo arreglo. Además afirmaban que para esta edición habían ofrecido las mismas condiciones establecidas para la España del XIX y que Soriano había aceptado en el verano de 1972, es decir un 5% de las ventas y las compra del stock de la edición parisina que existía en el mercado. Hubo una primera demanda de siete millones de pesetas que fue desestimada. Por el contrario Soriano afirmaba que *La España del siglo XIX* también había sido «pirateada» por Laia, pero ante los hechos consumados y para evitar pleitos se llegó a un acuerdo posterior lesionando sus intereses ya que sólo cobró la suma irrisoria de 40.000 pesetas (aproximadamente 3.000 francos) en compensación, porque debido a las buenas relaciones existentes entre Tuñón y Soriano, no se había firmado contrato alguno para la primera edición de esta obra<sup>36</sup>. Sin embargo con la publicación de *La España del siglo XX* se firmó un contrato el 25 de junio de 1966, donde el autor cedía al editor la propiedad en exclusiva de dicha obra y por tanto permitía a Soriano reclamar ante la justicia sus derechos<sup>37</sup>. Por otra parte también influyó en el conflicto una propuesta de Turner, importador exclusivo en Madrid de los libros de la *Librairie Espagnole*, a Soriano de editar ese mismo libro en España en una edición normal, diferente de la de bolsillo de Laia. Anteriormente había recibido otra oferta de Rafael Torres de Barcelona para editar dicho libro, tras el éxito de ventas en España de *La España del siglo XIX* de Laia, ya que era un libro promocionado en Francia y conocido en el país por las compras clandestinas en París. Finalmente el

35 «La autocensura de Tuñón», «Tuñón y su historia de una historia», en *Historia Internacional*, (1975), (1976), pp. 4-5, y 4-5. Asimismo COLECTIVO 36, «Los límites de la censura histórica franquista. “La España del siglo XX” de Manuel Tuñón de Lara publicada en Barcelona», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 43-45 (1975), París, pp. 139-148.

36 De hecho Josep Verdura en una carta fechada el 26 de octubre de 1973 reconocía a Antonio Soriano (AAS): «hem estudiat la possibilitat de fer-te una proposta que, sense encarrir excessivament la nostra edició, et compensi d'alguna manera per la nostra utilització de la teva edició».

37 Sobre la propuesta y las negociaciones entre Laia y Antonio Soriano vid. la correspondencia de la editorial a Soriano en AAS. Destacan las cartas de Josep Verdura el 26 de octubre de 1973, 11 de febrero, y 28 de mayo de 1974, así como de Alfonso Comín el 22 de febrero, 21 de septiembre de 1974. Igualmente interesantes resultan las enviadas por Tuñón a Soriano el 21 de mayo y el 29 de julio de 1974.

Tribunal de Pau falló a favor de la *Librairie Espagnole* el 18 de mayo de 1978. En cualquier caso este asunto, un desencuentro más entre un autor y un editor en la historia de la edición, fue penoso porque rompió con la sólida amistad establecida entre el librero y el historiador como demuestra la abundante correspondencia de ambos hasta ese momento, ya que en la documentación consultada de Soriano existen las cartas que recibía y numerosos borradores de las que él mismo enviaba. Incluso Tuñón de Lara reconocía en una de ellas, fechada el 11 de junio de 1968, que pasaba los veranos con los 1.000 francos que le adelantaba Soriano en concepto de derechos de autor porque entonces no recibía durante ese período ninguna remuneración de la universidad. Paradójicamente Tuñón de Lara en testimonios orales posteriores siempre se quejó de no haber cobrado de Laia el dinero que le correspondía por la publicación de ambas obras en España, auténticos éxitos de ventas en la época, ya que en 1981 *La España del siglo XIX* se encontraba en su 14ª edición y la del siglo XX en su 5ª edición.

Esta librería se convirtió en embajada cultural de la España democrática, ya que a las famosas tertulias de los lunes acudían los exiliados residentes en la capital y los opositores del interior de paso por la capital francesa. La lista es interminable: Roberto Mesa, Miguel Salabert, Francisco Fernández Santos, Lauro Olmo, Juan Marsé, Luciano Ricón, Blas de Otero, Juan Goytisolo, José Corrales Egea, los pintores Joaquín Peinado, José Ortega y Agustín Ibarrola. Asimismo los desterrados de América siempre que viajaban a París visitaban la librería de Soriano. Este era el caso de Juan Marichal desde Estados Unidos, Serrano Plaja desde Chile, o Max Aub desde México. También era frecuente la presencia de escritores hispanoamericanos como Julio Cortázar, Pablo Neruda o Gabriel García Márquez.

En aquellos años, para todos, para aquellos que residían en París y para los que estaban de paso, la librería de Soriano, en la antigua rue Mazarine, más tarde rue de Seine, era puerto de reencuentros. Allí se encontraban los libros imposibles de hallar, se publicaban textos prohibidos y se intercambiaban recuerdos y palabras de esperanza. Soriano ofrecía a cada uno el calor, la cordialidad eficaz, la sonrisa. Para reunirnos mejor, organizaba ventas con los autores como pretexto para maravillosas fiestas del espíritu y de la amistad. Cualquier ocasión era buena: yo publiqué mi estudio sobre los últimos días de Federico y traduje Platero y yo; Enmanuel Roblès reveló *Las manos fértiles* de Arturo Serrano Plaja; él mismo acababa de editar algunos libros clave que la censura, ciegamente, había condenado editar más allá de los Pirineos: *La resaca* de Juan Goytisolo, o *La otra cara* de Pepe Corrales, o *La España del siglo XX* de Manuel Tuñón de Lara (...).

Intelectuales ligados a España, españoles de París o de otras partes llenaban la pequeña tienda de sonoridades castellanas, de ceceos andaluces, de gravedad académica francesa<sup>38</sup>.

En este mítico rincón del exilio se vendían obras prohibidas en España, con especial atención a la historia contemporánea del país, en especial al período de la II República y de la Guerra Civil, destacando memorias y testimonios de políticos protagonistas como Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Vicente Rojo, y títulos de Hemingway, Alberti, Sender publicados en México y Buenos Aires, así como los libros de Ruedo Ibérico y los editados por el propio Soriano. La experiencia editorial de la *Librairie Espagnole* coincidió con la actividad de la empresa Ruedo Ibérico en París, pero la concepción y las características eran distintas. Aunque compartieron objetivos similares, y tuvieron autores y colaboradores comunes, existieron importantes diferencias. La iniciativa editorial de Antonio Soriano es más breve en el tiempo que la de la empresa de José Martínez y se inicia tras una larga actividad librera. Fueron pocos los libros editados cuantitativamente por Soriano, pero muy significativos en el mundo del exilio. En este sentido este librero-editor siempre ha declarado que ha trabajado más horas por la patria que por su cuenta ya que luchó por recuperar y difundir la cultura española prohibida y perseguida. La librería siempre se ha considerado territorio español porque este agitador cultural, parafraseando a Machado, afirmaba que «mi Patria es la tierra que yo labro, no la tierra que piso. Yo estoy aquí labrando por España desde que pasé la frontera. España es mi Patria porque es mi cultura, porque es mi vocación»<sup>39</sup>. Su trayectoria profesional y su labor cultural fueron reconocidas con la entrega de la Encomienda de la Orden del Mérito Civil, otorgada por el Estado español en febrero de 1996. Dos años antes había recibido el premio de la Fundación León Felipe en reconocimiento

38 En Claude Couffon, «L'Espagne au coeur (Souvenirs à propos d'une anthologie)», en Josette y Georges Colomer, *Les poètes ibero-américains et la guerre civile espagnole*, París: Imprimerie Graphic Eclair, 1980. Texto traducido en el prólogo de Roberto Mesa al libro realizado por el propio Antonio Soriano sobre el exilio en Francia, pp. 14-15. En este mismo sentido insiste otro hispanista como Bernard Sesé: «Todos los hispanistas franceses conocían a Antonio Soriano. Tras sus comienzos en Toulouse, la Librería Española, fundada por Antonio Soriano, se instaló en París, rue de Seine 72, distrito VI. Lugar de acogida, de amistad, de reuniones literarias, de consejos a los estudiantes, de animación constante de la vida cultural hispánica, gran lugar de «convivencia» a la española, la librería de la rue Seine foramaba parte, después de largos años, del paisaje familiar de todos aquellos que aman a España, que aprenden su lengua o la enseñan [...]», recogido «Antonio Soriano y Manolo Valiente», en *Crisol* (Publication du C.R.I., Université de Paris X, Nanterre), 7 (1987), p. 49.

39 Félix Santos, «La librería española en París», *Españoles en el mundo*, 6 (1992), pp. 59.

a su actividad<sup>40</sup>. En la actualidad Antonio Soriano sigue viviendo en París, pero retirado de toda actividad debido al alzheimer que padece, aunque la librería sigue funcionando en el corazón del Barrio Latino de París, gracias a los esfuerzos de su hija Sonia y al trabajo de su colaborador, Jérôme, hijo también de exiliados asturianos. Además la disposición, y el mobiliario están prácticamente intactos desde su creación hace más de cincuenta años.

<sup>40</sup> Sobre la importancia del papel desempeñado por Antonio Soriano en el exilio parisino destacan las palabras que le dedicó Felipe González con motivo del Congreso conmemorativo del 50 aniversario de la Librería Española en París celebrado en Segorbe (Castellón) en abril de 1999: «La librería Española y su mentor y alma, Antonio Soriano, realizaron durante muchos años una labor impagable en pro de la memoria colectiva. Ahora, conviene recordar y recordarnos, especialmente a los más jóvenes que no vivieron aquellos negros años, que hubo españoles como Antonio Soriano, que mantuvieron en pie la dignidad civil, la resistencia ante tanto atropello, dedicando su vida y valiéndose de los libros, sostén de la cultura y memoria. Talante y actitudes que merecen nuestro agradecimiento y el recuerdo emocionado a su memoria».

## RESUMEN

*En este artículo se analiza el mundo editorial y librero del exilio español republicano en América Latina y en Francia. Las condiciones de publicación fueron más difíciles en el país galo debido a la condición socioprofesional de los exiliados, al conflicto bélico mundial y a la cuestión lingüística. En concreto se aborda la experiencia editorial y librera de Antonio Soriano, propietario de la Librairie Espagnole de París desde 1948. Este establecimiento se convirtió en referente y paso obligado de todos los disidentes del franquismo. Aparte de contribuir a la difusión de la cultura española silenciada por los vencedores, publicó libros muy significativos en el contexto cultural del exilio.*

## PALABRAS CLAVE

historia de la edición, *Librairie Espagnole* de París, Antonio Soriano Mor, exilio republicano, editores, librerías.

## ABSTRACT

*This study analyzes the publishing and bookselling world of Republican exile circles in France and Latin America following the Spanish civil war. Publishers ran into difficulties in France thanks to their social and professional status, the onset of the Second World War, and the language barrier. In this context the evolution of the publisher and bookseller Antonio Soriano, the owner of the Librairie Espagnole in Paris since 1948, proved exceptional. This bookstore became a landmark and meeting place for all dissidents during the Franco period. Soriano contributed to diffusing strains of Spanish culture silenced by the victors of the civil war, in addition to publishing books that played an important role in Republican exile culture.*

## KEY WORDS

book history, *Librairie Espagnole* in Paris, Antonio Soriano Mor, republican exile, publishers, booksellers.